

Individualismo posmoderno y fe cristiana

JOSÉ MORALEDA RODRÍGUEZ

Signos diversos manifiestan que nos encontramos en uno de esos momentos de transición cultural, momentos confusos y ambiguos, en un período de insatisfacción y búsqueda de una nueva manera de estar en el mundo. Hay mucho de moda en propuestas culturales como la llamada posmodernidad, pero debajo se oculta algo más profundo como es la evaluación y la crítica de la modernidad, la creencia fundamental en la que se ha apoyado la civilización occidental en los dos últimos siglos. Pero hay más, a su trasluz se adivinan no sólo las preocupaciones teóricas de un grupo de intelectuales, sino también un fenómeno extendido entre la gente, un nuevo tipo de sensibilidad cultural, un nuevo tipo de hombre. Conocer al hombre que está naciendo constituye el problema. Precisamente la dificultad estriba, en que la nueva antropología no tiene rasgos definidos. El presente trabajo es, por tanto, un intento de aproximación a este hombre en su manifestación más característica: el individualismo.

La tarea de evangelización y de inculturación, puede encontrar en la nueva sensibilidad de nuestro tiempo un nuevo reto y una invitación al trabajo ilusionado y creativo, en el inevitable y esperanzador encuentro entre la fe y la cultura.

Algunos aspectos definitorios del contexto cultural

En el debate actual, la crítica de la modernidad viene definida por el rechazo de la razón, de los valores, del tipo de hombre que han resultado de la Ilustración y por el costoso precio que se ha tenido que pagar para conseguir un bienestar material que ahora se ve amenazado. Para muchos hombres de hoy, han perdido consistencia las creencias en las que sustentaba el proyecto ilustrado de civilización, o lo que es lo mismo, ha sobrevenido la «crisis de las ideologías». La modernidad ha vivido en la exaltación, bajo el signo de las luces, rindiendo un culto laico a las religiones del Progreso, de la Historia y de la Ciencia. Pero esta ilusión eufórica ha encontrado en la realidad histórica su freno y sus lacerantes correctivos. Por ejemplo, el Mito del Progreso ha enmudecido frente a la crisis económica y ecológica; la seguridad y el orgullo en el poder indefinido de la ciencia y de la tecnología se cambia en angustia y miedo cuando se asiste desesperanzado a la carrera de armamentos, a los desastres industriales y nucleares; la confianza en la evolución progresista de la historia no parece justificarse ante hechos como las guerras mundiales, los campos de exterminio, la dominación del Norte sobre el Sur o la pervivencia del racismo.

Detrás de las ideologías del progreso, del crecimiento, de la secularización se ocultaba la fe en el hombre. Pero el Prometeo ilustrado no se encuentra bien de salud, los valores de eficacia, productividad y progreso cuantitativo no le han curado su enfermedad espiritual y busca nuevos modelos de existencia humana.

El rechazo de la modernidad no puede entenderse de forma absoluta y total, sino que se la juzga por su parcialidad e insuficiencia para dar cuenta de aspiraciones fundamentales del hombre. Pese a proyectos y propuestas radicales, no hay viaje de retorno. La sociedad actual no puede rechazar las posibilidades, instrumentos y bienes que hereda de la modernidad y continúa su desarrollo. El problema reside en saber si será capaz de realizarlo desde una nueva visión cultural.

La crisis del proyecto histórico de la modernidad se experimenta de diferentes maneras y reviste variadas formas en sus interpretaciones y respuestas. Lo importante es que el fenómeno tiene una amplia extensión que se manifiesta tanto en Occidente como en países en desarrollo que buscan el reencuentro con su cultura autóctona y rechazan formas culturales impuestas por los países colonizadores. Se asiste a una consagración del pluralismo con la aparición de subculturas incluso dentro de culturas asentadas y dominantes.

La «posmodernidad» puede considerarse en los momentos actuales como una subcultura de rasgos imprecisos que aspira a convertirse en

alternativa o heredar a la modernidad. La trayectoria de este vocablo de moda así lo expresa; el término «posmodernidad» aparece como concepto útil para la arquitectura y la estética y después se une a la ya tradicional crítica a la modernidad pero va incorporando elementos nuevos y significaciones globales que sirven para definir una propuesta cultural diferente.

A la posmodernidad le preocupa, sobre todo, el hombre individual; rechaza el socializado, ordenado y eficaz hombre del progreso; desconfía de las grandes palabras, de las grandes instituciones; no se siente a gusto en medio de la masa. El hombre posmoderno ha elegido volver a un individualismo hedonista y personalizado; a la subjetividad y la privatización. Su meta es la realización personal, su norma el respeto a la singularidad subjetiva. Se ha elegido, frente a la universalidad, la parcialidad de la búsqueda de la propia identidad. Este modo de vida ofrece un atractivo irresistible a muchos hombres desencantados de los sonoros conceptos de la racionalidad progresista, emancipadora y revolucionaria. Lo que sí parece evidente es que el fenómeno no se reduce a los teóricos, intelectuales o sus divulgadores superficiales de la «movida», sino que se extiende a amplias capas de población sin distinguir clases sociales o preparación intelectual.

El hombre posmoderno vive la impresión de que la historia ha desaparecido. El horizonte histórico donde situamos nuestra vivencia y las realidades que nos rodean se ha desvanecido. Se vive con la inmediata preocupación del presente, en un hogar limitado a la finitud, sin ventanas abiertas al pasado o al futuro. Se ha perdido el cuadro de referencia de la historia y a la vez se ha vaciado la concepción lineal del tiempo característica de la salvación cristiana. No hay duda de que la pérdida de la historia presenta pocas posibilidades de defensa. Con todo, sería paradójico que el hombre occidental entrara en una dinámica que pondría de nuevo en vigencia un original «eterno retorno», encerrándose en un presente atemporal más allá de la historia, sin punto final de referencia.

Probablemente una de las causas de la desfinalización de la historia se encuentra en la saturación de información. Por un lado, todo se despieza, se analiza, al amontonar los datos, las opiniones, los acontecimientos; por otro, los medios de comunicación de masas sueltan presurosos torrentes de informaciones que condicionan al hombre de hoy preocupado por la inestable inmediatez de los acontecimientos, dificultan la posibilidad de trascender, encontrar un sentido, establecer una jerarquía o al menos digerir con aprovechamiento tal riada de palabras y de versiones dramatizadas de la realidad.

La presencia de lo religioso

La nueva atmósfera cultural, también, viene determinada por que lo religioso vuelve a estar de actualidad. Hay signos de un auténtico redescubrimiento de la religión y se manifiestan ansias de experiencias espirituales. Aunque, probablemente, habría que afirmar con más precisión, que se trata sólo de constatar la presencia de la religión en nuestro mundo frente a aquellos que habían creído en la extinción definitiva del fenómeno religioso. Si bien es verdad que el discurso intelectual había interpretado con entusiasmo ciertos signos de la desaparición de lo religioso, en realidad se había producido un fenómeno de velamiento y enmascaramiento. Ahora de nuevo se ha descorrido el velo y la manifestación de lo religioso se expresa en múltiples formas, muchas de ellas divergentes. Con razón puede afirmarse que es «un hecho ambigüo, como muestran las diferentes designaciones que recibe: permanencia, vuelta, transformación de lo sagrado; nuevas manifestaciones religiosas, formas juveniles de religiosidad; signos de intercomunicación cultural y de ecumenismo religioso generalizado» (Martín Velasco, 1986, pág. 779).

Con todo, el proceso de la secularización no ha concluido. Junto al fenómeno de la «vuelta a lo religioso» persiste el «desencantamiento del mundo», expresión clásica de Weber que ha tomado Marcel Gauchet para titular un significativo trabajo sobre historia política de la religión. En esta obra muestra como en una sociedad donde la religión ha perdido su importancia, los seres humanos se encuentran solos. Pero la desaparición del elemento integrador que constituye lo religioso no plantea graves problemas, al contrario posibilita la pura liberación del sujeto como un «yo» autónomo, la afirmación plena del individuo.

Otro ejemplo, donde se afirma la persistencia del fenómeno secularizador y sus consecuencias sobre el individuo, se encuentra en una obra en equipo coordinada por el sociólogo de la religión Robert N. Bellah (1985) sobre el individualismo y el compromiso en la vida americana. Desde una perspectiva más empírica se llega a la misma conclusión de la pérdida del papel integrador de lo religioso en la sociedad actual, pero su reacción es diferente: el individualismo podría convertirse en un auténtico desastre si no encontramos una nueva manera de vivir que respete la autonomía nuevamente recuperada de los individuos y posibilite además la socialización.

Sirvan estos dos ejemplos para ilustrar la convivencia o coexistencia de diferentes interpretaciones sobre la presencia de lo religioso en nuestro mundo. La posmodernidad asume con naturalidad asombrosa este pluralismo.

La religión en la reflexión posmoderna no ocupa, sin embargo, un espacio muy destacado. A los posmodernos, vueltos sobre lo inmediato, «les resulta sospechosos la vocación universalista del cristianismo. Tras él ven agazapado el poder y la razón totalizante, sistematizadora, identificadora y disciplinadora» (Mardones 1986, p. 328). Nada más lógico puesto que la modernidad es heredera del cristianismo, pese a su rebelión y rechazo de sus fuentes. En consecuencia no admiten que se pretenda reconstruir la unidad cultural de Europa desde el cristianismo. Lyotard dirá que en esta propuesta se incluye «un comportamiento terrorista» (1984, p. 114) que terminará por imponer una visión unitaria mientras que el posmoderno se siente satisfecho instalado en la pluralidad y en la fragmentación.

La religión para un típico creyente posmoderno queda enmarcada en un contexto individualista como opción personal y sentida como una cuestión estética. No necesita justificación, ni precisa establecer un diálogo con la ciencia o la reflexión racional. Se vive desde la dimensión íntima de la persona y se autosatisface en la esfera privada. En buena medida es una «religión a la carta».

Individualismo posmoderno

La obra, ya citada, de R. Bellah et al., nos permite descubrir una serie de niveles o formas diferentes de concebir el individualismo. Este estudio se inspira en la aportación teórica de Torqueville en su famoso libro «La democracia en América», publicado en 1840, donde el individualismo, se describe en términos bastante modernos; pero no hay que perder el contexto de la época, en la que el individualismo que nace está mitigado por una preocupación altruista, por una ética de la responsabilidad comunitaria y por la comunicación ininterrumpida y personal con la comunidad local. A la tradición individualista pertenece el «individualismo utilitario», expresión del «ideal americano» del hombre que prospera por su propia iniciativa. En la medida en que cada uno persigue con ahínco su propio interés, el bien social brotará automáticamente. Esto consagra un tipo de existencia al cálculo y la persecución del interés privado.

Si este interés se limita a lo material exclusivamente, pronto se plantea la necesidad de un desarrollo más profundo del individuo. Entonces surge el «individualismo expresivo», cuya última meta será la libertad por medio del culto y la exploración del yo, con sus dimensiones sociales y cósmicas.

En los momentos actuales ha llegado la hora de que se instale lo que los autores llaman el «individualismo ontológico», es decir, la creen-

cia de que el individuo es la única realidad que cuenta mientras que la sociedad es un concepto de importancia secundaria, derivado y artificial.

Llegado a este punto hay que hacer referencia obligada al libro de Gilles Lipovetsky «La era del vacío», que ofrece unas excelentes reflexiones sobre el individualismo. El autor afirma que vivimos una segunda revolución individualista, en la que se ha puesto en marcha un característico proceso de personalización que en vertiente negativa, rompe la socialización disciplinaria y desde su faceta constructiva, edifica una sociedad flexible basada en la información, en el estímulo de las necesidades, el sexo, el culto a lo natural, a la cordialidad y al sentido del humor.

La lógica de la personalización estimula al consumo y a la comunicación, sacraliza el cuerpo, el equilibrio y la salud, destroza el culto al héroe, desculpabiliza el miedo. Conduce a su punto culminante el individualismo de los seres, la apatía por la vida pública, el desinterés por el otro.

El proceso de personalización lo describe el autor por medio de seis realidades que forman los capítulos del libro: «la seducción continua», que es la estrategia que sustituye las relaciones de producción; «la indiferencia pura» por la que los grandes valores del pasado dejan de funcionar y se operativos; «Narciso o la estrategia del vacío», se vive «una existencia puramente actual, una subjetividad total sin finalidad ni sentido, abandonada al vértigo de su autoseducción. El individuo encerrado en ese ghetto de mensajes, se enfrenta a su condición mortal sin ningún apoyo «transcendente» (político, moral o religioso)» (pág. 61); el posmodernismo como «resultado de la hipertrofia de una cultura cuyo objetivo es la negación de cualquier orden estable» (pág. 83); «la sociedad humorística» y la violencia que no tiene sentido social, la violencia radical de grupos marginales, al tiempo que se da una dulcificación de las costumbres.

Surge la pregunta de si es posible un mundo basado únicamente en el individuo, al que conduciría esta exaltación del individualismo. Lo cierto es que también es importante aportar el dato de las movilizaciones estudiantiles en diferentes países que parecen desmentir las tendencias asociales de la posmodernidad. Si bien, algunos interpretan que carece de ansia transformadora y revolucionaria. El mismo mayo del 68, afirma Lipovetsky, «es ya una revolución personalizada dirigida contra la autoridad represiva del Estado, contra las separaciones y sujeciones burocráticas incompatibles con el libre despliegue y crecimiento del individuo» (pág. 218) y añade la siguiente predicción: Mayo del 68 «tiene una doble cara, moderna por su imaginario de la Revolu-

ción, posmoderna por su imaginario del deseo y de la comunicación, pero también por su carácter imprevisible o salvaje, modelo probable de las violencias sociales del futuro» (pág. 219). En España, en los años 60 y 70, se vivió de otro modo, y por las circunstancias históricas y políticas prevalecía el ideal del revolucionario de transformación de las estructuras políticas y sociales. Por eso puede ser significativo que las actuales manifestaciones se dirijan contra aquellos que levantaron las banderas de la revolución, la ruptura y el cambio y que aparezcan en ellas los signos de una violencia posmoderna, «conforme a la era narcisista, la violencia se desustancializa en una culminación hiperralista sin programa ni ilusión, violencia hard, desencantada» (p. 220).

Pistas para el encuentro de la fe cristiana con el individualismo posmoderno

Un planteamiento general de las relaciones del cristianismo con las diversas culturas, nos ayudará a situar correctamente en su lugar, el esfuerzo de acercamiento a los diferentes retos planteados por la posmodernidad.

Hay que partir del hecho de que la religión es una dimensión constitutiva del hombre. Como dice Zubiri, «la persona humana, por la estructura misma del poder de lo real al que se encuentra religada, se halla, en efecto, remitida a una realidad fundante, a una realidad-fundamento, esto es, a una realidad absolutamente absoluta» (1984, p. 308).

Un segundo dato irrenunciable es que el hombre sólo puede realizarse en el seno de una cultura. Así lo recuerda el Concilio Vaticano II: «Es propio de la persona humana el no llegar a un nivel verdadero y plenamente humano si no es mediante la cultura, es decir, cultivando los bienes y los valores naturales.» (G.S., 53). El hombre religioso, por tanto, vive su experiencia de religación con lo Absoluto en una cultura concreta. Entre cultura y religión se da una relación recíproca.

En tercer lugar, la exigencia de inculturación a la que necesariamente se ve llevada la fe puede entenderse como un proceso que incluye los siguientes momentos: 1) El diálogo como camino para la superación de malentendidos y prejuicios que lleve a un conocimiento de la realidad cultural tal cual es, para poder apreciar elementos valiosos y establecer relaciones de sintonía. 2) La asimilación creativa de los elementos vitalizadores de la cultura. 3) Expresión de la fe cristiana con las nuevas categorías que surgen del hermanamiento creativo de la cultura concreta con los valores del Evangelio.

El modo de proceder del cristiano tendrá como objetivo el encuentro dialogante y participativo, respetuoso del pluralismo cultural y de la historicidad del cristianismo. El cristiano no debe ser un nuevo receptor sino un colaborador auténtico con sus contemporáneos en la elaboración de la cultura de su tiempo. El cristiano es el hombre que comparte, participa y crea cultura. No se debe olvidar que existen privilegios culturales, y que los medios de masas ofrecen un tipo de cultura superficial que refuerza la posición de las élites y mantiene al pueblo sumergido en un consumo cultural acrítico y muchas veces, cargado de tópicos, prejuicios y simplificaciones.

Compartir la cultura es construir un tejido comunitario y solidario de cultura.

El cristianismo tiene una larga tradición sobre la reflexión y el sentido de la inteligencia de la fe. Ahora, impulsado por el desinterés individualista por las grandes cuestiones, tiene la oportunidad para desarrollar la facultad de reflexionar sobre las prácticas. Con ello no puede temer perder profundidad o trascendencia. Una reflexión auténtica sobre la acción humana genera un dinamismo que retorna sobre la persona, se va alargando a lo más próximo y se extiende a la sociedad hasta abarcar a toda la humanidad, hasta hacer posible el encuentro con la revelación de Dios. Si el cristiano no puede renunciar a lo universal el procedimiento más adecuado parece ser comenzar por lo próximo.

Estamos hablando de un diálogo, escuchemos por tanto las aportaciones que se derivan de la posmodernidad y de las tareas a las que se enfrenta la fe cristiana. Mardones señala los siguientes retos: el recuerdo de la primacía de la narración sobre la argumentación; la preeminencia de la pragmática sobre la teoría; la sospecha en la vinculación con la modernidad; el Dios trinitario y pluralista en la era de la inseguridad de la razón y la recuperación de las dimensiones estéticas (1986, p. 329-331).

Por su parte, Harvey Cox (1985), propone las siguientes tareas teológicas: partir de un enfoque teológico fundamentalmente nuevo puesto que con la desaparición de la edad moderna también ha pasado la época de la «teología moderna»; segundo, los rudimentos de la nueva teología no necesitan ser totalmente inventados porque ya están apareciendo en movimientos religiosos antimodernistas; la tarea consiste en discernirlos, clarificarlos y articularlos; tercero, esos componentes sólo podremos reunirlos si somos capaces de valorar y emplear los logros de la teología moderna, incluida la teología «liberal» (p. 19).

Se plantea inevitablemente el problema del si no incurriremos en un nuevo anacronismo. Muchos cristianos que se habían opuesto a la Ilus-

tración, a partir del Vaticano II hicieron un esfuerzo de acercamiento a la modernidad. ¿No corren el riesgo de convertirse en los únicos defensores de un «orden antiguo» que ya ha perdido vigencia? ¿No será contraproducente la defensa de la modernidad por los cristianos mientras los posmodernos y otros movimientos manifiestan su oposición o indiferencia por ella? No hay una respuesta fácil a estas preguntas. De acuerdo con la sensibilidad plural de los posmodernos, tendremos que acostumbrarnos a vivir en el pluralismo y ofrecer respuestas diferentes a los diferentes retos culturales sin caer en la tentación de encadenarnos a modelos históricos que nos impidan tanto la evolución cultural como la auténtica «conversión» al Reinado de Dios.

Por otro lado, no podemos renunciar a los valores de la modernidad. El cristiano no puede liquidar de forma absoluta la razón, ni prescindir de los impulsos de emancipación y liberación, de justicia y solidaridad que se derivan del pensamiento ilustrado. Ni siquiera debe olvidar la dimensión utópica propia de los movimientos revolucionarios que ha dado nuevo vigor y profundidad al compromiso histórico y la esperanza cristianas.

Una crítica indiscriminada de la modernidad podría hacer pensar que lo que se pretende es volver a la armonía de las sociedades tradicionales y regresar a un régimen de cristiandad. No se trata de eso, no hay marcha atrás. No hay que lamentar la crítica moderna a todas las tradiciones pero hay que insistir en la crítica de la crítica. Mientras tanto, hay que ir potenciando una nueva manera de pensar, una nueva razón contemplativa recuperando las funciones atrofiadas por la razón instrumental.

El diálogo cultural exige, además, una metodología, una manera peculiar que posibilite el encuentro. El hombre posmoderno alejado de las grandes palabras reclama como respuesta evangelizadora el acercamiento personal. No se le pueden ofrecer los grandes modelos, por el contrario, sí es sensible a la presencia cercana y cotidiana del creyente que es capaz de ofrecer un modelo de realización personal, atractivo y creativo, con valores festivos y estéticos. Y hay más. La estrategia adecuada no puede consistir en luchar de frente contra el individualismo; habrá que ir ensanchando la sed de coherencia y de integración de cada persona para posibilitar una apertura mayor a otra manera de vivir la existencia que trascienda lo individual y lo inmediato. Probablemente se nos está pidiendo una teología de las realidades más cercanas al hombre, que se ocupe, por ejemplo, del redescubrimiento religioso y cristiano del cuerpo, de la fiesta y de las vivencias estéticas. Será preciso también volver a introducir la noción de vocación en el desempeño del trabajo. Superar la dinámica escapista de muchos hombres que ven su profesión como tarea agobiante que impide su realización personal y causa de su desasosiego y enfermedad psíquica o espiritual.

Una ampliación de la sensibilidad, que evite el desencanto y despierte la admiración, hará posible la oferta de un nuevo modelo de búsqueda de la verdad. Porque el creyente no puede renunciar a la tarea infinita, inacabada y apasionante de la búsqueda de la verdad pero sin olvidar que la vida humana es un equilibrio entre la fe y la duda. Y que en la fe cristiana por encima de las teorías de los intelectuales está la práctica de aquellos que viven comprometidos en el seguimiento de Jesús. No le asusta al cristiano la tendencia del hombre posmoderno a la persecución de su propio yo. Sólo pide como condiciones que esta búsqueda se realice con radical profundidad, que se plantee con sinceridad los interrogantes últimos de la existencia, contemple su situación de religación con la realidad y autentifique su búsqueda con una práctica coherente.

Finalmente, un cristianismo maduro, demanda una cultura abierta en la que sea posible abrirse a nuevas interpretaciones de lo real. Así el proceso de personalización del que habla Gilles Lipovetsky puede ser también entendido como sendero por el que camina un hombre abierto a su realidad personal y a los otros, que se repliega sobre sí mismo y se trasciende, que autentifica su vida y se encuentra con el Misterio. Este hombre abierto acoge el pensamiento que ha heredado, es capaz de criticarlo, participa en la elaboración de nuevas formas culturales y desde su fe está abierto a Jesús que es Camino, que autentifica la búsqueda porque es la Verdad y que garantiza la existencia en plenitud porque es la Vida.

Referencias y Bibliografía

- BELL, D. (1977): *Las contradicciones culturales del Capitalismo*. Madrid: Alianza.
- BELLAH, R.; MADSEN, R.; SULLIVAN, W. M.; SWIDLER, A., y TIPTON, S. M. (1985): *The habits of the Heart, Individualism and Commitment in American Life*, Berkeley: University of California Press.
- CONGRESO (1986): *Evangelización y hombre de hoy* (3.^a edición). Madrid: Edice.
- COX, H. (1985): *La religión en la ciudad secular. Hacia una teología posmoderna*, Santander: Sal Terrae.
- CREPIN, M. (1984): Narcise artiste. *Esprit* (n.º 91-92), 80-93.
- DEPRIT, R. (1986): Des croyances a la carte? A propos du livre de Gilles Lipovetsky: «L'ère du vide». *Lumen Vitae*, 41 (3) 303-311.
- FOUSEZ, G. (1986): Individualisme et sens de l'existence. *Esprit* (120), 99-109.
- GAUCHET, M. (1985): *Le désenchantement du monde. Une histoire politique de la religion*. París: Gallimard.
- LIPOVETSKY, G. (1986): *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.
- LYOTARD, J. F. (1984): *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARDONES, J. M. (1986): Un debate sobre la sociedad actual. Modernidad y posmodernidad (I). *Razón y fe*, 214, 204-217.
- MARDONES, J. M. (1986): Un debate sobre la sociedad actual. Posmodernidad y cristianismo (y II). *Razón y fe*, 214, 325-334.
- MARTÍN VELASCO, J. (1986): El Dios de Jesús y la «vuelta de los religiosos» ¿Ruido o rumor? *Sal Terrae*, 74, 799-809.
- VIGARELLO, G. (1984): L'individu plus que jamais..., entretien avec Gilles Lipovetsky. *Esprit* (91-92) 69-80.
- ZUBIRI, X. (1984): *El hombre y Dios*, Madrid: Alianza.